

Artur Heras

Referente de esa otra Valencia en la que la vanguardia y la experimentación, el juego y el conocimiento, el humor y la reflexión buscan incidir en la realidad, la obra de este pintor, escultor y artista gráfico sorprende y fascina en cada una de sus facetas. Se trata de una producción que merece mantenerse cerca del alcance de los niños. Para empezar, hágase inmediatamente con *Madame Leonarda* (Media Vaca).

Su web: www.arturheras.com

L'aventura del dibuixant

1

“No necesitaría las palabras, si supiera pintar o dibujar como ellos. Las pinturas y la obra gráfica que me gustan, me gustan precisamente por eso, porque me dejan mudo, me fascinan y me llenan totalmente, hacen inútiles las palabras”.

Es Emili Teixidor quien así escribía, el año 1995, para un catálogo de Miguel Calatayud, en un artículo titulado “La estética feliz”.

Hace un par de días subrayé en un periódico la columna de David Trueba a propósito del fotógrafo Jacques Henri Lartigue, de quien se exhibe una amplia y excelente muestra en la Fundación Caixa-Forum en Madrid: “[era] alguien convencido de que la felicidad es un don y su esfuerzo principal debía dirigirse a mantenerlo y conservarlo”.

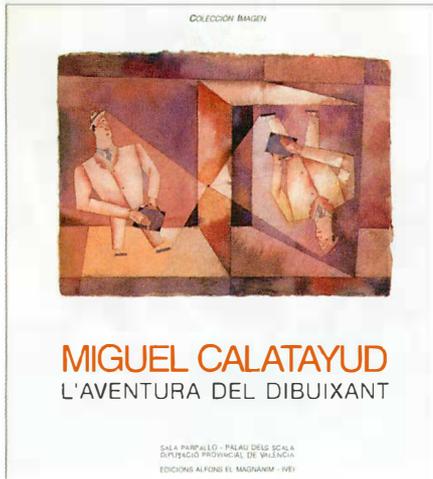
Ciertamente, toda la extensa colección de fotografías de Lartigue mantiene ese tono vital, gozoso y divertido con el que traspasa el tiempo, con una imperturbabilidad que la protege. Si no fuese por los trajes de época, los vehículos y otros datos que siempre asoman en lo fotografiado, se podría pensar que están acabadas de realizar por algún joven lleno de *joie de vivre*. Y eso es exactamente lo que pienso del trabajo de Miguel Calatayud y esa es la causa del arco –en el tiempo editorial– entre la definición de Trueba y la de Teixidor; a mi entender, hablan de lo mismo, ambas definen muy bien el espí-

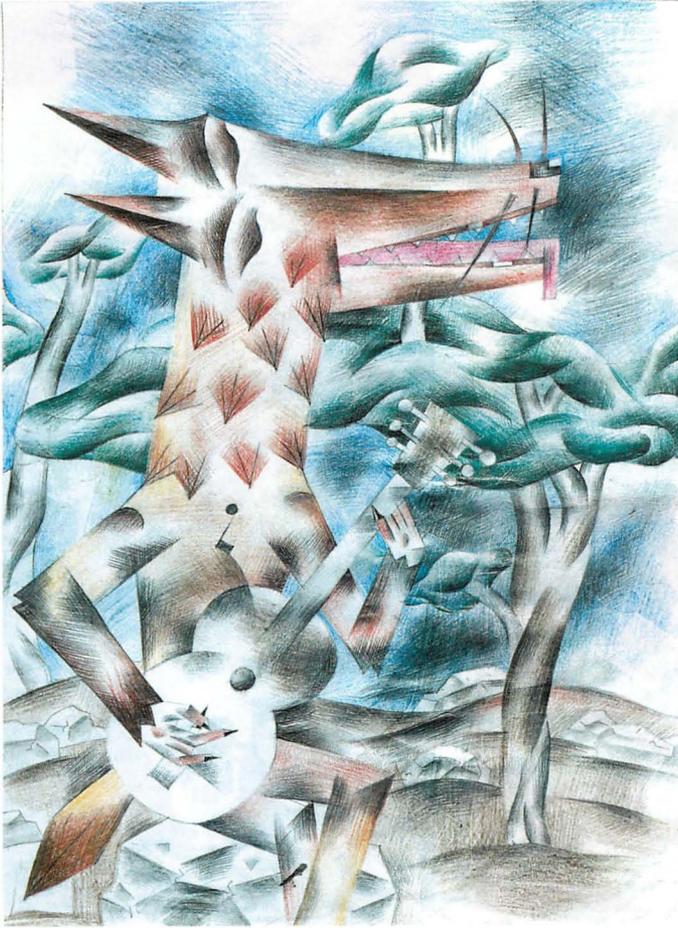
ritu de los trabajos, que desde años acumula con regularidad minuciosa el dibujante de Aspe.

Recordando las imágenes de Lartigue, pensaba que algunos –pocos– consiguen salir indemnes de las tribulaciones que impone cada época. Parece imposible no quedar marcado por los periodos dramáticos o trágicos donde las guerras o las privaciones y carencias lo empapan todo. Al igual que al fotógrafo francés esto también es aplicable a Calatayud, a pesar de tratarse de periodos distantes y diferentes. Es significativa su contribución y participación del espíritu crítico en momentos más beligerantes. Basta recordar algunas de sus colaboraciones con la cartelera Turia en cuyas viñetas sostiene una visión no complaciente y, a la vez, mantiene un ambiente de bonhomía en las que no penetra el dolor ni el rencor. Y no es por el humor. Este por sí mismo no garantiza ese tono. Es probable que se deba al “esfuerzo por conservar la felicidad” mencionado arriba.

Una labor que, a través de una enorme variedad de colaboraciones, libros, carteles y publicaciones de todo tipo, ha desarrollado como un cosmos donde los contrarios viven armonizados por una luz que desde el fondo del papel colorea por igual con delicadas transparencias, desde la vegetación tropical, los paisajes urbanos, hermosas mujeres junto a canallas de cartón, hasta viejas historias populares.

Catálogo de la exposición de Miguel Calatayud *L'aventura del dibuixant*; Sala Parpalló, Valencia; CAM, Alicante; Casa del Cisco, Aspe, 1995





Bocetas y cubiertas de Miguel Calatayud para serie "Autars d'Ara"

2

Me parece conveniente decir que Miguel y yo coincidimos en los cursos de la antigua Escuela de Bellas Artes de San Carlos de Valencia donde nos hicimos amigos.

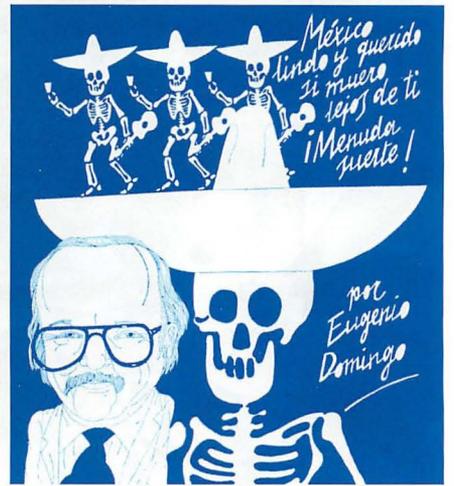
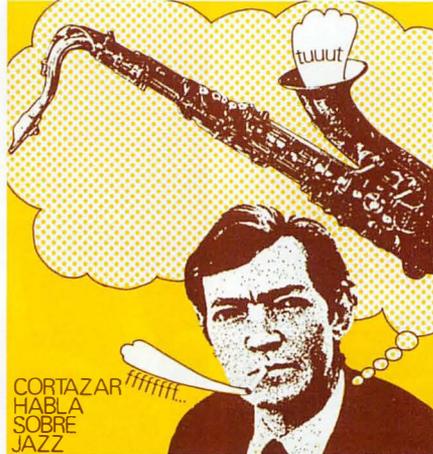
Una asignatura, optativa entonces, era la denominada Grabado calcográfico. Allí, un buen conocedor del oficio nos imponía un duro, lento y prolongado aprendizaje en el que no se podía –si el profesor estaba presente– salir de la norma. Así pues, tuvimos que grabar primero con buril, después con técnicas de barniz, los modelos clásicos que exigía. Pasado el tiempo aquello produjo un goteo de abandonos en el número de alumnos, ya de por sí escaso, que unido a la maraña de líneas cruzadas, una y otra vez, suponía un freno mental en la testosterona juvenil, aunque también nos sirvió para aumentar la capacidad de ir entonando y graduar la distinta intensidad de las tramas que cruzadas en varias direcciones modulan los grises y negros. Miguel entendió pronto la importancia del ángulo de cruce de las líneas y cómo los sucesivos cuadrados, rombos y

triángulos obtenidos van a formar las tensiones en la superficie.

Esa red va a seguir presente en todo su trabajo hasta nuestros días. Siempre enlazará toda la "materia" del dibujo desde una delgada y fina línea que va trazando diagonales, curvas, espirales, estrellas, círculos, cruces, bigotes o lunas. La línea anda sola saltando o sorteando obstáculos; otras veces unida en grupo acabará formando un tapiz donde lo plano mantiene la esencia sin concesiones a la representación tridimensional. Idéntica máxima a la que impuso el movimiento moderno y las vanguardias clásicas del arte contemporáneo frente a la idea de simulación. Con esas líneas y sus fragmentos compone Calatayud los escenarios donde quedan entrelazados los personajes, la arquitectura y la naturaleza con los textos caligrafiados para formar un armazón inseparable a la manera de las pinturas cubistas.

3

No sé por qué asocio esa manera de dibujar con el rasgueo de las cuerdas de guitarra. Durante la época de estudiante



Portadas de Miguel Calatayud para la revista *Turia*

Miguel la tocaba y cantaba para sí (otra forma de cultivar la felicidad). Supongo que por eso la musicalidad de sus dibujos guarda alguna relación con cierta representación visual de los sonidos.

Cuando la mayoría de compañeros, durante los inicios, andábamos pringados con los colores al óleo y una excesiva expresividad plástica producida por el generalizado y escaso conocimiento técnico, él ya sabía que para conseguir que la aguada quedase uniforme y plana, el mejor sistema consiste en que, antes de que el soporte la absorba por completo, emplear papel secante que permite, además, acentuar gradualmente la intensidad del color (afinar la guitarra).

4

En sus imágenes no hay sujeto. El motivo principal es la interacción: todo está relacionado y es visible. No hay un primer plano alrededor donde situar lo demás. Si hay un personaje principal está acompañado de su entorno (circunstancias) y en esa imposibilidad de aislar a alguno de los actores del resto, estriba una característica que trenza todos los elementos a la manera de un gran tapiz, de tal forma que si intentamos levantar el hilo de uno de los

elementos, se deshará la escena. La estructura de sus imágenes, como ya hemos dicho, es similar a un lienzo cubista o informalista.

5

Nunca me ha parecido que su trabajo tuviese como destinatario exclusivo a los niños. Más bien tengo la impresión de que la riqueza de datos y la complejidad de sus escenas requieren un aporte de conocimientos más basto. Puede ser o no ser así, pero lo que no ofrece ninguna duda es la manera en que Miguel Calatayud "entra" en sus creaciones. Se asemeja más a la del niño que va a iniciar un juego que a la del profesional –y él, lo es– que va a aplicar sus conocimientos. En su caso se puede decir que sin diversión no hay dibujo, es decir el disfrute es imprescindible para realizar la obra. Ese aspecto lúdico y hedonista es prioritario en su registro; aquí sí es constante la presencia y el palpito del niño que el propio dibujante mantiene despierto y sensible a través de los años.

6

En general se considera que Miguel no es un dibujante realista. Pero en muchos de sus trabajos, y en especial en algunos

cómics, desarrolla un estilo ambicioso, lleno de documentación ilustrada que se acerca a un modo de realismo pictórico muy plástico que, aún manteniendo el plano, potencia la densidad y el barroquismo en unos escenarios por los que asoma una obra coral, idónea para enfatizar el tono épico de las historias narradas. La culminación de ese momento, a mi parecer, lo logra en los titulados *La pista Atlántica* (1984) o *El proyecto Cíclope* (1990), con viñetas elaboradísimas repletas de sensualidad y con un muestrario de tipologías humanas muy revelador de un periodo de la sociedad del desarrollo-ocio, dotadas de una calidad de dibujo infrecuente en ese tipo de publicación, y en *Conquistadores en Yucatán. La desaparición de Gonzalo Guerrero* (1992), donde además incluye el uso del color como elemento de contraste entre la cultura maya y la de los colonizadores españoles. Las grandes viñetas son auténticos cuadros de historia que deberían servir para el aprendizaje desde los pequeños escolares hasta los estudiantes de arte.

7

“Hacen inútiles las palabras. Me dejan mudo.” La frase de Emili Teixidor sobre la fascinación que le provocan obras como la de Miguel, me indican que no puedo hacer gran cosa con estas notas. Tampoco es mi pretensión fuera de las particularidades que aporta la condición de testigo. En ese sentido, la publicación aludida corresponde al catálogo de la exposición que celebramos en la sala Parpalló de Valencia (espacio que dirigí desde su creación en 1980 hasta su clausura en la calle Landerer con la muestra de M. Calatayud en 1995), titulada “L’Aventura del Dibuixant” y que hoy me sigue pareciendo un buen calificativo para su extensa producción. ¡Una mano de décadas en la mano! En ella se acumulan bosques con pájaros gigantes, buques piratas, cielos estrellados, cíclopes, ángeles extraviados, ensangrentados cuchillos, dragones pop, fieras no violentas, monstruos y calaveras, elefantes sabios, peligrosas chicas... No hay temor. El dibujante abrirá camino con su lápiz como un explorador en medio de la selva y nos mostrará con delicadeza todos los sonidos y colores del mundo, antes nunca vistos. ◀



Ilustraciones de Miguel Calatayud de *Conquistadores en Yucatán* (Barcelona: Planeta-De Agostini, 1992)